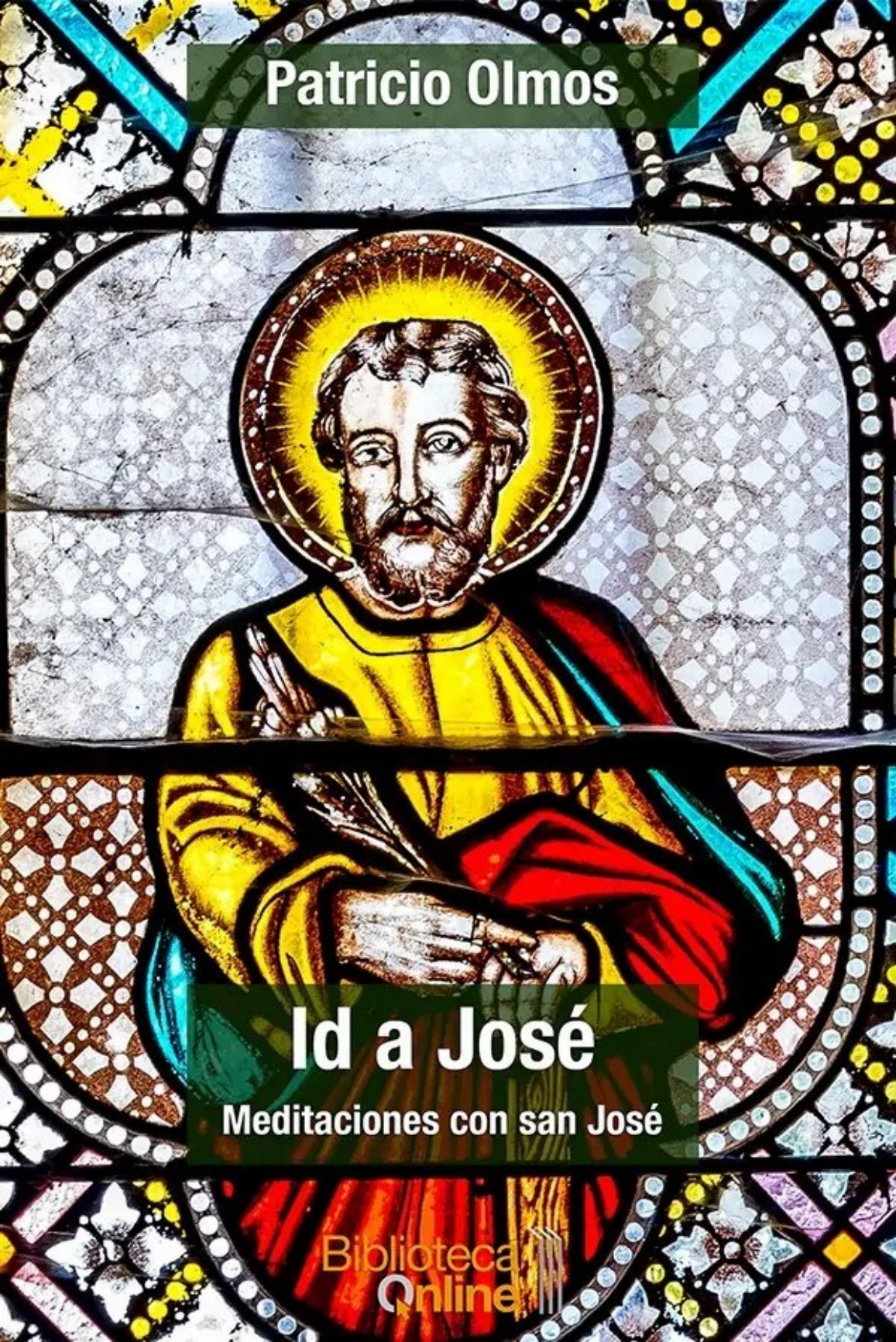


The background is a vibrant stained glass design. At the center is a circular medallion containing a portrait of Saint Joseph, depicted with a beard and a halo, wearing a yellow robe and a red cloak. The medallion is surrounded by a complex pattern of geometric shapes, including diamonds and circles, in shades of grey, white, and brown. The entire composition is framed by a border of colorful glass pieces in blue, yellow, and red.

Patricio Olmos

Id a José

Meditaciones con san José

Biblioteca
Online

Id a José

Patricio Olmos

Id a José

Meditaciones con san José



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Id a José
Meditaciones con san José
© Patricio Olmos, 2021
© BibliotecaOnline SL, 2021
Avenida de Atenas 33
28290 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Mayo de 2021
ISBN: 978-84-17539-47-4
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Imagen de Krzysztof Golik vidriera de San José en la Iglesia de san Ciro y santa Julieta de Canac, Aveyron, Francia. Fotografía de Tournasol7.
Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: Podiprint
Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1	
EL SILENCIO DE SAN JOSÉ	15
RECOGIMIENTO INTERIOR	15
DIOS HABLA BAJITO	16
CONOCERME Y CONOCER A DIOS	18
LA BENDITA SOLEDAD EN MEDIO DEL RUIDO	19
CAPÍTULO 2	
PUREZA DE CORAZÓN	23
EL ESPOSO CASTÍSIMO	23
PORQUE VERÁN A DIOS	24
UNA VIDA AGRADECIDA	26
CAPÍTULO 3	
LA SANTIDAD QUE DIOS NOS OFRECE	29
JOSÉ ERA SANTO	29
TODOS PODEMOS SER SANTOS	31
SANTIDAD EN LO COTIDIANO	33
CAPÍTULO 4	
LA ORACIÓN DE SAN JOSÉ	37
UN HOMBRE DE ORACIÓN	37
LA ORACIÓN DE LOS HIJOS DE DIOS	39
ORACIÓN Y VIDA CORRIENTE	40
EL FRUTO DE LA ORACIÓN	41
RESOLUCIONES EN LA ORACIÓN	42

MAESTRO DE VIDA INTERIOR	43
CAPÍTULO 5	
DESCUBRIENDO Y DESARROLLANDO SU VOCACIÓN	45
LA LUZ AMABLE DE LA VOCACIÓN	45
EJEMPLO DE FIDELIDAD	46
«Y YO ¿PARA QUÉ VIVO?»	48
LA TIBIEZA: UN AMOR A MEDIAS	50
CAPÍTULO 6	
LA POBREZA DE BELÉN	53
NO HUBO LUGAR PARA ELLOS	53
TENÍAN LO IMPORTANTE	54
POBREZA Y TRABAJO	55
UN FARDO Y LA «CABALLERÍA LIGERA»	57
SENTIDO DE RESPONSABILIDAD	59
CAPÍTULO 7	
LA CARIDAD DE LA SAGRADA FAMILIA.....	61
AL AMOR DE JOSÉ LE NACIÓ UN NIÑO	61
CARIDAD CON OBRAS Y DE VERDAD	63
QUERER A ALGUIEN ES PROTEGERLO	65
UN SECUESTRAO Y UN SOBREVIVIENTE DEL RÍO HUDSON	66
CARIDAD EN LA FRATERNIDAD Y LA AMISTAD	67
COHERENCIA E INCOHERENCIA EN LA CARIDAD	68
CAPÍTULO 8	
EL TRATO CON JESÚS, EL SALVADOR.....	71
JESÚS ES EL SALVADOR	71
CONOCER EL EVANGELIO ES CONOCER A JESÚS	74

«QUE QUIEN ME VEA, TE VEA»	75
«SÓLO CONTIGO PUEDO SER MEJOR»	77
CAPÍTULO 9	
VIVIR PARA DIOS.....	79
JOSÉ LLEVA AL NIÑO AL TEMPLO	79
EL PRIMER MANDAMIENTO: AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS	81
UN MODO CONCRETO DE VIVIR PARA DIOS: LA SANTA MISA	82
UN OFICINISTA QUE BESA SU ESCRITORIO	84
OFRECER LA VIDA CON SUS LUCES Y SUS SOMBRAS	85
CAPÍTULO 10	
GRANDEZA DE JOSÉ POR SU HUMILDAD	87
JOSÉ NO ES MENCIONADO CUANDO LOS MAGOS	87
NECESIDAD DE LA HUMILDAD	89
CAMINO PARA ABRIRNOS A DIOS Y A LOS DEMÁS	90
DOS MODOS DE AVANZAR EN HUMILDAD	92
LA CARRETA VACÍA	93
CAPÍTULO 11	
SENTIDO SOBRENATURAL DE LOS ACONTECIMIENTOS.....	95
UNA ALEGRÍA QUE DURÓ POCO	95
CUANDO NO ENTENDEMOS LAS JUGADAS DE DIOS	97
¿DÓNDE ESTABA DIOS?	99
«QUÉDATE ALLÍ HASTA QUE TE DIGA»: LA INCERTIDUMBRE	100
CAPÍTULO 12	
EL VERDADERO TEMOR: RECHAZO DEL PECADO	103
EL REGRESO DE EGIPTO	103
CUIDAR AL NIÑO, CUIDAR LA GRACIA	104

¿TUVO PECADOS JOSÉ?	106
SUMERGIRNOS EN LA MISERICORDIA DIVINA	106
LA LUCHA CONTRA LOS QUE NOS DAÑA	107
CAPÍTULO 13	
SANTIFICAR EL TRABAJO Y LO COTIDIANO.....	111
SE DEDICÓ A TRABAJAR	111
TRABAJO Y AMOR	112
UN PLANITO Y UNA AGUJA ENHEBRADA	115
ESPÍRITU DE SERVICIO	116
CAPÍTULO 14	
CUANDO EL DOLOR SE HACE PRESENTE.....	119
JESÚS SE QUEDA VOLUNTARIAMENTE EN EL TEMPLO	119
EL DOLOR EN NUESTRO CAMINAR	122
EL DOLOR NO SIEMPRE SE ENTIENDE	124
CAPÍTULO 15	
EL VALOR DE LA OBEDIENCIA.....	127
LO PRECEDÍO HACIENDO CASO	127
OBEDIENCIA A DIOS Y A LA IGLESIA	128
OBEDIENCIA EN LO COTIDIANO	131
CAPÍTULO 16	
LA MUERTE DE JOSÉ.....	135
MEMENTO MORI	137
LA MUERTE ¿ES EL FIN?	138
PATRONO DE LA BUENA MUERTE	140
EPÍLOGO	143

*A san Josemaría, gracias a quien empecé la
costumbre encantadora de hacer cada año días de
retiro espiritual, y gracias a quien aprendí un poquito
de su gran devoción a san José.*

INTRODUCCIÓN

Mira, hago nuevas todas las cosas.
Apocalipsis 21, 5

¿Para qué meditar? ¿Por qué hacer un retiro espiritual? ¿Por qué hacerlo *con* san José? Hace más de cuarenta años que hago anualmente unos días de retiro espiritual. Al principio, fueron de dos o tres días, después, de casi una semana. Aclaro que me encanta el trabajo, me interesa lo que pasa en el mundo y disfruto estar con la gente. Y precisamente por esto siento cada tanto la necesidad de parar un poco, de apartarme de lo cotidiano para tomar perspectiva, corregir el rumbo de mi trayectoria vital y recuperar el entusiasmo que el cansancio o las rutinas mal enfocadas suelen desgastar. Siempre he esperado esos momentos con ilusión y los he saboreado mucho.

En mis años de labor sacerdotal, llevo predicados decenas de retiros de distinta duración, y he tenido la posibilidad de conversar con quienes los hacen: aprendiendo de esas personas, e intuyendo qué es lo que suele ayudar –y lo que no– en la predicación y en los consejos del acompañamiento espiritual.

Hay algunos temas básicos que deberían considerarse siempre en un retiro espiritual prolongado. Si acaso, el riesgo de volver sobre esos temas estará en afrontarlos sin mayor reflexión, como quien los repite sin pensar o escucha sin ponderarlos. Por esto, para ayudarme y ayudar a los destinatarios de la predicación, cada año abordo en cada retiro una temática de fondo: la Virgen María, san Pedro, san Pablo, la Transfiguración, la adoración de los Magos, etcétera, aunque buscando siempre centrarme en Jesucristo porque, como enseña san Pablo, en Él «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 3), y todo aquello que puede satisfacer nuestro corazón inquieto.

Dicho de otro modo, la temática de cada año es un telón de fondo que permita encontrarse nuevamente con Jesucristo.

En esta oportunidad, movido por la invitación del Papa Francisco a vivir un año dedicado a san José,¹ la propuesta es facilitar un retiro con el Santo Patriarca. Él es un hombre muy santo, que por su cercanía con María Santísima y su hijo Jesucristo tiene un gran poder de intercesión. Con su figura «tan cercana a nuestra condición humana», es muy próximo a quienes somos personas corrientes, que no destacamos especialmente en nada, sin que por ello nuestras vidas, al igual que la suya, carezcan de importancia para los demás y para Dios.

Todo lo que se diga para mostrar la excelente calidad humana y sobrenatural de san José es poco, y en este punto no soy un experto en originalidades. Por esto, comienzo remitiendo a lo dicho por F. Suárez en un gran libro que, junto con la homilía *En el taller de José*,² de san Josemaría, me ha servido de inspiración para estas páginas: «Para un cristiano..., el hecho de que Dios escogiera a José para hacerle esposo de la Virgen María y padre legal de Jesús es motivo suficiente para pensar que, después de todo, no fuera un hombre tan vulgar y tan gris cuando nada menos que el mismo Dios lo eligió—más aún, le creó— para desempeñar una de las misiones más difíciles y de mayor responsabilidad que jamás fue encomendada a hombre alguno»³. Por algo se ha dicho que los últimos Romanos Pontífices «han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación»⁴.

Me gustaría con este escrito contagiar el «entusiasmo» que tengo por los retiros y ofrecer algunas consideraciones para hacerlos con provecho, y deseo que a la vez sirva para acrecentar la devoción a san José de los lectores. Si bien

1 Carta apostólica *Patris corde*, 8-XII-20.

2 Incluida en *Es Cristo que pasa*, nn. 39-56; en adelante *En el taller de José*.

3 F. Suárez, *José, esposo de María*. Patmos, 2006, pp. 18-19. En adelante *José, esposo de María*.

4 *Patris Corde*, Introducción.

aquí se hace referencia a todos los pasajes evangélicos que lo mencionan, no se trata ni de lejos de un intento de biografía o historia del esposo de María. Son consideraciones dirigidas a quienes hagan unos días de retiro espiritual, ya sea basándose principalmente en este libro o como complemento de otras reflexiones que escuchen. También están pensadas para quienes quieran orar o hacer un rato de lectura espiritual sobre las distintas facetas del «hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta»⁵.

No ofrezco temas necesariamente novedosos; la novedad estará en lo que cada uno vuelva a considerar en la presencia de Dios, aunque ya conozca la vida de José o venga haciendo retiros desde hace décadas. Si se da un nuevo encuentro con el Señor, Él derramará la esperanza en quien lo está buscando y lo fortalecerá en su lucha, dándole posibilidad de renovarse.

Al comenzar estas reflexiones, invito a hacer nuestra la petición con la que el Papa Francisco termina su carta sobre el Santo Patriarca: «No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión».

5 *Ibidem*.

CAPÍTULO 1.

EL SILENCIO DE SAN JOSÉ

Pero Jesús permanecía en silencio.

Mateo 26, 53

RECOGIMIENTO INTERIOR

Lo primero que llama la atención de José es su discreto y atractivo silencio. No se conoce ninguna palabra suya. Fue protagonista y testigo de acontecimientos grandiosos, y uno esperaría algún comentario o acotación. Los Evangelios y los «Hechos de los Apóstoles» recogen palabras de diferentes personajes, algunas forman largos discursos, otras diálogos o frases breves. Allí hablan Pedro, Juan, Santiago, Tomás, Judas, la Magdalena, Esteban, Pablo... hasta Pilatos y Herodes tienen algo que decir. No es el caso de José. Aunque en última instancia el Espíritu Santo es quien inspiró a los evangelistas, todo parece indicar un estilo propio de José.

Si se desconocen sus palabras, no es porque no tuviera nada que decir, en el sentido de que no se le ocurriese nada o que fuera alguien corto de genio. No hizo falta que añadiera algo a lo ya dicho. Supo estar en su sitio. No fue elegido para testimoniar hablando, sino para contemplar a Jesús y a María Santísima, y para custodiarlos. Su silencio es elocuente: ¿y qué nos dice callando? ¿Qué nos enseña a quienes vivimos inmersos en un parloteo no sólo exterior, sino también interior?

Nos enseña a no hablar de más y tener ese dominio de la lengua que nos predica Santiago en su epístola (cfr. 3, 1-12). Siguiendo el estilo de José no tendremos que rendir cuentas a Dios de palabras necias o vanas (también las proferidas en las redes sociales). Él tampoco tuvo necesidad de demostrar nada a nadie, como puede pasarle a quien quiere justificarse,

o parecer más inteligente, o más enterado. Estuvo en paz con Dios, cumplió abnegada y diligentemente su misión, y la disfrutó sin verse movido a publicar nada.

Lo que Dios le pidió, lo que sucedió en su vida, hubiera justificado de su parte una excusa, una queja o una petición de explicaciones. Nada de eso sucedió. Los enigmas que Dios le planteó al no revelarle enseguida la causa del embarazo de María o al cambiarle los planes para hacerlo huir con su familia a Egipto, no suscitaron en él una reacción de queja. Y no por insensible, sino que, gracias a su rica interioridad, de mucha fe y humildad, aprendió a confiar en Dios, quien tendría sus razones y se las comunicaría cuando fuera necesario, como de hecho sucedió.

«La persona más silenciosa del evangelio es san José, de quien el Nuevo Testamento no recoge ni una sola palabra. San Basilio considera el silencio... una condición para el encuentro con Dios.» Esto nos sirve para subrayar una de las primeras disposiciones necesarias para rezar, y con más razón para hacer con provecho un retiro espiritual: el silencio, con el consiguiente recogimiento.

DIOS HABLA BAJITO

Durante los tiempos de reflexión y silencio suelen pasar cosas importantes para el alma. Es la experiencia recogida en la Biblia. Así Moisés conocerá el nombre de Dios y recibirá la misión de liberar al pueblo judío de la opresión egipcia mientras estaba en el desierto de Madián (cfr. Ex 3, 14). Elías reconocerá el paso del Señor en «el susurro de una brisa suave», y no en otros fenómenos estruendosos: un huracán, un terremoto y un incendio (cfr. 1 R 19, 12). Juan el Bautista se preparará para su trascendental misión de ser el precursor de Jesús viviendo en la soledad del desierto de Judea. El mismo Jesús, antes de empezar su ministerio público, dedica cuarenta días de ayuno y silencio, en un clima de oración. Y del gran apóstol Pablo se nos dice que después de su bautismo se retiró a Arabia (Gal 1, 17), de donde salió fortalecido para su misión.

Es la experiencia de miles de cristianos a lo largo de los siglos. Fueron muchos lo que se convirtieron o acercaron a Dios desde esta práctica. Por ejemplo, san Josemaría estaba haciendo sus ejercicios espirituales en octubre de 1928 cuando una mañana «vio» el Opus Dei. Eran días de silencio, en los que estaba repasando anotaciones hechas en oraciones anteriores y se dio cuenta de lo que Dios le estaba pidiendo. A veces, buena parte de un retiro provechoso será releer anotaciones destacadas o propósitos de otros retiros.

Hacer un retiro espiritual es una gracia grande. Es un tiempo para estar cerca de Dios y recibir los dones que Él siempre quiere otorgar. Por esto, una primera invocación será al estilo de «Gracias Dios mío porque me das este tiempo prolongado de oración»; «Te agradezco que me hayas traído hasta aquí»; «Ayúdame, y ayúdanos, a aprovechar esta oportunidad»; «Haz que entre pronto en sintonía contigo»; «Líbrame de las preocupaciones que tengo en estos momentos, ya que no tiene sentido que me siga aferrando: las abandono en las manos de tu paternal providencia».

Podría pensarse que es un desorden dejar el trabajo o la familia para dedicarse a rezar. En una carta a una madre de familia, san Jerónimo le aconsejaba apartarse un poco del «estrépito de la familia» para rezar, leer la Biblia y meditar. Y concluía: «No te digo esto porque intente retraerte de los tuyos; lo que intento más bien es que allí aprendas y medites cómo has de comportarte con los tuyos»⁶. Dedicarse a rezar no es egoísmo si se está realmente abierto a Dios, que nos abre a los demás.

«La soledad es cosa bella cuando se está en paz consigo mismo y se tiene una labor definida» (Goethe). ¿Y cuál es la «labor definida» durante estos días? En parte, estar abiertos a lo que Dios nos inspire: dejarse sorprender por el Espíritu Santo, que sopla donde quiere (cfr. Jn 3, 8). No es bueno tener todo previsto de antemano sin margen para las inspiraciones divinas: los temas, los libros y, casi, hasta los propósitos... Desear conocer con claridad los proyectos

6 *Epístola 148.*

de Dios para nosotros y los medios que nos concede para vivirlos es una «cosa bella».

CONOCERME Y CONOCER A DIOS

Más allá de la apertura a lo que Dios quiera mostrarnos, encontramos en una expresión de san Agustín lo que debería estar siempre presente en nuestra oración, y más particularmente en un ejercicio espiritual como es un retiro: *Noverim me, noverim te*,⁷ que me conozca y que te conozca. La tarea es conocernos a nosotros mismos y conocer a Dios. La tarea en sí es apasionante, otra cosa será el modo en que podamos hacerla.

El conocimiento propio no es una tarea fácil. Nos cuesta ser objetivos con lo subjetivo de nuestra propia vida. Pero quien lo intente implorando la ayuda divina, lo irá consiguiendo. Verá sus luces y sus sombras. Se llenará de alegría por tantas bendiciones recibidas a lo largo de su existencia. Descubrirá los talentos regalados y la desafiante tarea que supone desarrollarlos y llevarlos a su plenitud. Reconocerá también sus errores y pecados, y lo que falta por avanzar. Y puesto que uno de los conocimientos fundamentales acerca de quiénes somos es sabernos hijos de Dios, esta certeza nos dará una manera de enfrentar la vida que es la de quien se sabe respaldado por el amor de su Padre, que manifiesta su infinito amor, entre otras cosas, comprendiendo nuestra debilidad y dándonos la fuerza de su gracia. Así es posible conseguir ese estar en paz con uno mismo del que hablaba Goethe. Profundizar en esto es una bella tarea.

¿Y qué decir del intento de conocer más a Dios? Dios es lo más grandioso de todo y encierra en Sí una perfección infinita: ¡vale la pena intentar conocerlo! Acercarnos a Él es aproximarnos a la belleza, la bondad, la verdad, a la alegría

7 «Que me conozca a mí y te conozca a Ti. Esta es mi plegaria.» *Soliloquios* 2. 1, 1.

y a todas sus perfecciones. Es cierto que en un tiempo de retiro nunca el predicador será perfecto, o que los libros que se mediten tendrán sus partes densas o aburridas, o que el esfuerzo de prestar atención prolongada a varios temas puede resultar agotador. Pero también es cierto que la experiencia de cualquier persona que ha intentado estas tareas es mayoritariamente gozosa. ¿Cómo no nos va a poner contentos descubrir, experimentar o recordar que «Dios es amor» (1 Jn 4, 8)? ¿Cómo no va a traer paz a nuestras conciencias considerar la misericordia divina? Y así podríamos seguir con relación a tantas verdades que se meditan en los ratos de oración.

En días de retiro es más fácil el recogimiento, aunque no habrá que darlo por supuesto. De vez en cuando, me he encontrado con alguna persona que acude llena de buena voluntad a vivir unos ejercicios espirituales, pero no sabe «cortar» con su trabajo –porque se considera indispensable, o porque no sabe defender razonablemente su tiempo ante las exigencias innecesarias de los que lo reclaman– y, por tanto, cuando cae en la cuenta, se acabaron esos días. También puede pasar que alguien no sepa prescindir de su teléfono con todo lo que contiene. Para «conectar» con Dios, hay que saber «desconectar» de las demás cosas.

Quizá a muchas personas les pueda servir, para concentrarse, tomar notas durante las meditaciones o clases, al menos al principio. Raramente oirán genialidades, aunque a veces Dios nos puede regalar alguna, pero ocurre que cuando escribimos aumenta bastante nuestra capacidad de atención. Recuerdo un hombre que me decía sorprendido: «Tomar notas me cambió la manera de hacer los retiros».

LA BENDITA SOLEDAD EN MEDIO DEL RUIDO

De los silencios de José podemos además aspirar a tener más recogimiento durante el año. La vida, a veces, suele ser agitada y ruidosa, y hay algunas situaciones o profesiones que conviven con el bullicio, sin que eso

tenga en sí nada de malo: una familia numerosa con chicos pequeños, una escuela, conducir vehículos en zonas densamente pobladas, trabajar en una fábrica, etcétera. Con más razón habrá que procurarse «diariamente unos minutos de esa bendita soledad que tanta falta hace para tener en marcha la vida interior»,⁸ para invocar la gracia de Dios, para tomar conciencia de que nos acompaña, para rectificar la intención o para decirle que lo queremos. Ratos dedicados exclusivamente al trato con el Señor.

Compensa luchar para evitar la dispersión. Alguien hablaba del «zapping mental»: cambiar constantemente el foco de la atención y no tenerla puesta en nada. De este modo, la pobreza en las relaciones humanas no tarda en llegar (gente reunida pero en su mundo, léase teléfono, tablet, etcétera). La calidad del trabajo intelectual —estudio, lectura— es deficiente. En un libro del cardenal Sarah se pone como ejemplo que si alguien anduviese por una ciudad ruidosa con una radio encendida en su bolsillo, no se daría cuenta de que está sonando. Pero si entrase a un lugar silencioso, lo notaría enseguida e intentaría apagarla. Y se añade: «por desgracia, no hay botón que baje el parloteo de nuestra imaginación»⁹. Creo que somos muchos los que hemos visto cómo ha ido creciendo al ritmo de las tecnologías la proporción de gente dispersa, ausente de su entorno y que, por esta actitud, suele tener una relación superficial con Dios y con los demás. Tal vez ese sea nuestro caso.

Qué bueno es saber hablar, saber comunicar. Y qué bueno es también saber callar, por ejemplo, para no hablar centrados en nosotros mismos. En un punto del libro *Surco*, entre las faltas evidentes de humildad su autor señala la siguiente: «insinuar en la conversación palabras de alabanza propia o que dan a entender tu honradez, tu ingenio o destreza, tu prestigio

8 San Josemaría, *Camino*, 304. A partir de ahora, las siguientes obras de este autor se mencionan sólo por su nombre: *Surco*, *Forja*, *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*.

9 Cfr. *La fuerza del silencio. Frente a la dictadura del ruido*. Ediciones Palabra, p. 231.

profesional...»¹⁰. Esta actitud puede ser una falta de interés por los demás y, por lo molesto que suele resultar, es una falta de caridad, pero además es de poco provecho para nosotros: el que no calla, no escucha, pierde la posibilidad de enriquecerse con la conversación ajena.

Con su estilo, José se nos presenta como un hombre centrado en lo importante: María y Jesús. Todo lo demás es secundario. Con su actitud contemplativa estuvo en condiciones de reconocer, de escuchar al ángel del Señor, que cuatro veces se dirigió a él mientras dormía. Dios suele hablar en voz baja: que nuestro recogimiento nos lleve a oír aquello que Dios nos insinúa de un modo sutil pero inequívoco.

10 N. 263.

CAPÍTULO 2.

PUREZA DE CORAZÓN

El esposo de María.
Mateo 1, 16

EL ESPOSO CASTÍSIMO

Cuando introducen al Santo Patriarca en sus respectivos Evangelios, tanto Mateo como Lucas lo hacen con relación a su matrimonio con María: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús llamado Cristo» (Mt 1, 16); el ángel Gabriel fue enviado «a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David. La virgen se llamaba María» (Lc 1, 26-27).

María y José eran verdaderos esposos, aunque nunca hayan tenido intimidad matrimonial. «Según la costumbre del pueblo hebreo, el matrimonio se realizaba en dos etapas: primero se celebraba el matrimonio legal (verdadero matrimonio) y, sólo después de un cierto período, el esposo introducía en su casa a la esposa. Antes de vivir con María, José era, por tanto, su esposo; pero María conservaba en su intimidad el deseo de entregarse a Dios de modo exclusivo»¹¹.

Todo parece indicar que el propósito de María de permanecer virgen era conocido y aceptado por su esposo. El amor mutuo que se tenían estaba sublimado por el amor a Dios, y movidos por una moción sobrenatural habían resuelto casarse renunciando al derecho sobre sus cuerpos.

Con frecuencia se ha mencionado en la literatura espiritual junto al sustantivo esposo el calificativo *castísimo*. Sobre este punto, el Papa Francisco comenta: «No es una

11 Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, 18.

indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor»¹². Añade también: «Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida». José tenía una gran capacidad de amar, de sacrificarse por quienes amaba y de servirlos adecuadamente. Sirvió principalmente a Dios hecho hombre –Jesús– y a María Santísima, pero no cabe duda de que por su capacidad de amor con un corazón limpio también se volcó con los habitantes de Nazaret.

Es congruente suponer a José como una persona joven, de edad semejante a la de María. «Para vivir la virtud de la castidad, no hay que esperar a ser viejo o a carecer de vigor. La pureza nace del amor y, para el amor limpio, no son obstáculos la robustez y la alegría de la juventud. Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su Maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad»¹³. La castidad es la virtud que ayuda a amar más y mejor, por eso es lógico verla siempre como algo positivo y nunca como un conjunto de prohibiciones o limitaciones inútiles.

PORQUE VERÁN A DIOS

Aunque la castidad no sea la principal virtud, es indispensable para lograr el diálogo con Dios. El amor limpio

¹² *Patris corde*, 7.

¹³ *En el taller de José*.

de san José nos puede servir para buscar la purificación de nuestra alma para hacer bien un retiro, y de modo habitual para escuchar y ver a Dios: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios» (Mt 5, 8). Es preciso guardar los sentidos para relacionarnos con Dios. Por ejemplo, siempre ha sido necesario cuidar la vista, pero pareciera que en los tiempos donde tantas cosas están a un «clic» del teléfono o el ordenador, o se ha aumentado la oferta visual a través de decenas de canales de televisión y de aplicaciones tipo Netflix, hay que generar buenos hábitos y no dormirse en los laureles, porque las consecuencias pueden ser devastadoras.

Queremos ver a Dios de modo habitual, reconocerlo en nuestra cotidianidad. Como José, que estuvo contemplando asiduamente a María y a Jesús, esas dos grandes maravillas que se le habían confiado. Es cierto que por momentos vio cosas sorprendentes, como cuando los pastores aparecieron junto al pesebre movidos por la indicación de un ángel, o al ver y escuchar la reacción del anciano Simeón: «Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían de él» (Lc 2, 33). Pero la mayor parte del tiempo José no «vio» nada especial: estuvo junto a Jesús, primero niño, y luego joven, siempre en crecimiento, comportándose como uno más. A pesar de no percibir cosas especiales, por la limpieza de su corazón pudo percatarse de la grandeza del misterio de un Dios escondido, de un Dios paciente y de un Dios humilde.

Al comentar cómo el apóstol Juan reconoció a Jesús con ocasión de la pesca milagrosa que obró después de su Resurrección (cfr. Jn 21, 1-13), san Josemaría reflexiona: «Entonces, el discípulo aquel que Jesús amaba se dirige a Pedro: es el Señor. El amor, el amor lo ve de lejos. El amor es el primero que capta esas delicadezas. Aquel Apóstol adolescente, con el firme cariño que siente hacia Jesús, porque quería a Cristo con toda la pureza y toda la ternura de un corazón que no ha estado corrompido nunca, exclamó: ¡es el Señor!»¹⁴.

14 *Amigos de Dios*, 266.

Pidamos a Dios que nos conceda un corazón puro, y trabajemos para modelarlo así, con la acción de la gracia, presente en la Eucaristía, la Confesión y los ratos de oración. Qué bueno es poder reconocer al Señor en lo cotidiano. Él nos espera en la convivencia diaria, para ser más positivos o sonrientes. En el trabajo, para prestar un servicio efectivo a aquellos con los que interactuamos. En la contradicción inesperada, para que podamos ofrecer un pequeño sacrificio que sume méritos a la comunión de los santos.

UNA VIDA AGRADECIDA

José estaba siempre muy agradecido con el regalo que Dios le hizo de ser el esposo de María y el custodio de Jesús. Percibía de este modo concreto el amor que Dios le tenía, la confianza que le dispensaba. Este amor se fue acrecentando progresivamente en la convivencia con ellos. Seguramente, a su modo, diría lo que Isabel ante la presencia de María en su casa: «quién soy yo para que el Señor me haya hecho el regalo de vivir continuamente junto a la madre de mi Señor, junto a esta mujer maravillosa. Quién soy yo para poder prestar mi servicio al Salvador que se dignó habitar en mi casa». De alguna manera silenciosa él también recitaba su *Magnificat* de acción de gracias al considerar los grandes beneficios recibidos.

Qué bueno es reconocer los dones de Dios: «es justo y necesario», como se reza en el Prefacio de la Misa. Cuánto bien hace al alma. Ayuda a enfocar adecuadamente la visión de nuestra vida, con frecuencia oscurecida por el ajetreo diario. Cuando agradecemos las bendiciones recibidas, encontramos naturalmente un remedio contra envidias y faltas de realismo. «¡Cuántos querrían estar en nuestro lugar!»: no es una frase de consuelo fácil, es una verdad que se impone cuando uno se toma la tarea de abrirse al reconocimiento de lo mucho que se nos ha dado.

Cuenta una psicóloga que un día acudió a su consulta un hombre deprimido. Era un ciego de unos cuarenta años. Después de escucharlo, le dio como tarea anotar las cosas

buenas que le pasaban. Para su sorpresa, a la siguiente sesión acudió con cuatro cuadernos llenos de anotaciones positivas. Y allí mencionaba cosas simples, como la temperatura de la ducha en la mañana, la maravilla de usar una toalla seca, el meterse en una cama con las sábanas limpias, acostarse con un pijama limpio, el olor a pan tostado, el sol pegándole en la cara al caminar, el olor a jazmín cuando pasea, las chispitas de la gaseosa llegando a su nariz, la gentileza de una cajera en el supermercado, y un larguísimo etcétera. Con esta tarea reflexiva se dio por curado y nunca más se sintió deprimido ¹⁵.

Si buscamos tener un corazón limpio, que entre otras cosas implica tener un corazón agradecido, deberíamos hacer a nuestro modo el listado de las cosas buenas que nos pasan. Y seguramente, junto a cosas pequeñas como las que valoró la persona no vidente de la anécdota, encontraremos numerosas otras de gran calado: la familia, las amistades, la salud en tantos aspectos buena, el patrimonio, la fe, la formación, las oportunidades de la vida, y también un largo etcétera. Es un buen modo de empezar un retiro.

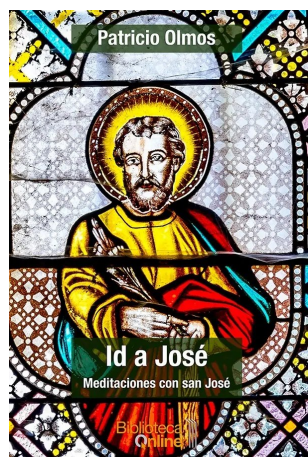
El apóstol Juan, que tanto trató a Jesús y que se denomina a sí mismo en su Evangelio como el «discípulo que Jesús amaba», pudo afirmar años después de la muerte del Señor: «nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4, 16). No sólo creyó en el amor de Dios sino que lo conoció, lo experimentó. Era consciente de lo mucho que Jesús había hecho por él: lo eligió para que estuviera con Él y para enviarlo a predicar, le otorgó el poder de hacer milagros, lo llamó su amigo, se ocupó de su descanso sacándolo un día a pasear... Pero Juan, sobre todo, conoció el amor de Jesús al ver cómo llevó a la práctica lo que predicó: «nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Es lo mismo que sucedió con san Pablo, quien se sentía hondamente conmovido por este amor personal de Jesús: «Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20). Nosotros también estamos

15 En: <https://bit.ly/2NwwiFN>.

invitados a una experiencia semejante. No basta que nos cuenten que Dios ama a la gente, o que amó especialmente a tal o cual santo: necesitamos transitar la experiencia personal de su amor. El agradecimiento es una actitud de corazón que facilita la experiencia de saborear el amor que Dios nos tiene. Al quedarnos a solas con Él, podemos tomar conciencia de ello.

El beato Álvaro del Portillo rezaba una oración sencilla y de gran sabiduría. Se dirigía al Señor diciéndole «¡Gracias, perdón y ayúdame más!». La repetía especialmente en los aniversarios personales. Es una buena manera de entrar en diálogo con Dios, y muy oportuna para terminar la jornada. Por ejemplo, mientras uno se duerme, si hace un breve recuento del día, surgirá naturalmente el «¡Gracias!»: ¡cuántas cosas buenas pasaron! Deberíamos ser capaces también de dar gracias por aquellos sucesos que nos han contrariado, porque de alguna manera han sido para nuestro bien. «¡Perdón!»: habrá cosas que, lejos de llenarnos de orgullo, nos llevan al arrepentimiento, y si las consideramos junto a Dios, no nos hundirán en el desaliento porque palparemos también la bondad de un Dios que perdona. Y «¡Ayúdame más!»: la vida sigue, los desafíos están vigentes y buscamos su fuerza para recomenzar la lucha. Qué buena jaculatoria para repetirla en los retiros.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *Id a José. Meditaciones con san José*, de Patricio Olmos: la introducción y los dos primeros capítulos. El libro completo tiene 16 capítulos de meditación para unos días de retiro espiritual o para la oración y la lectura de cada día, con san José como compañero de camino.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/id-a-jose-meditaciones-con-san-jose

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Silencio, pureza y santidad.** El silencio de José, la pureza de corazón, la santidad que Dios ofrece a todos y la oración como trato con Dios en la vida corriente.
- **Vocación, pobreza y caridad.** Descubrir y desarrollar la propia vocación, la pobreza de Belén y la caridad de la Sagrada Familia.
- **Trato con Jesús y entrega a Dios.** El trato con Jesús Salvador, vivir para Dios, la grandeza de José en su humildad y el sentido sobrenatural de los acontecimientos.
- **Trabajo, dolor y muerte.** El rechazo del pecado, santificar el trabajo y lo cotidiano, el dolor, el valor de la obediencia y la muerte de José como patrono de la buena muerte.

Con anécdotas y ejemplos cotidianos en cada capítulo, y textos del Papa Francisco, san Josemaría y los Padres de la Iglesia.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-47-4



Escanea para comprar